

RATAS

Es difícil ponerle una fecha al fenómeno. Al principio eran unos pocos pero paulatinamente fueron creciendo en número. Madrugaban, como solo saben hacerlo las personas que ya no tienen obligaciones, y con su caminar cansino subían hasta lo más alto de la ciudad. Se reunían junto a una especie de chabola que habían construido con sus propias manos con todo tipo de material de deshecho: maderas, ladrillos, planchas metálicas, uralitas... Abrían el candado de la puerta y retiraban una gruesa cadena para acceder a la barraca. Dentro tenían una mesa desvencijada y un sofá en el que te hundías cuando te sentabas. Había una pequeña colección de sillas plegables y no menos de media docena de viejos rifles de perdigones. Las armas y las sillas eran los elementos indispensables para la misión que ellos mismos, sin que nadie se lo hubiese mandado, habían pergeñado. Sacaban todo el material afuera, se sentaban y se dedicaban a disparar a las ratas.

Las ratas se habían convertido en el principal problema de la ciudad. Venían huyendo del hambre desde una población vecina. Cruzaban la montaña que separaban ambas localidades. Las que no morían por el camino llegaban enfermas y exhaustas. Y allí en lo alto les esperaban los temidos pensionistas con su endiablada puntería, que las cosían a tiros entre carcajadas de satisfacción. Pronto a aquella casucha se unieron otras y los voluntarios se multiplicaron. Se podría hablar de una pequeña colonia y de un pequeño

regimiento. Los medios de comunicación de la ciudad no tardaron en dar cuenta de los hechos, y algunos jubilados pasaron del anonimato a disfrutar de una cierta celebridad. No había ningún líder en esta especie de movimiento vecinal. Se dividían en grupos de amigos unidos bajo el techo de sus propios chamizos. Hacían competiciones individuales y por equipos en los que resultaba vencedor el que más ratas muertas entregaba al final de la jornada en una especie de plazoleta, que era el centro neurálgico de la barriada, en donde unos jueces contaban las piezas cobradas. Los políticos no tardaron en darse cuenta del beneficio electoral que reportaba granjearse las simpatías de los que una vez finalizada su vida laboral, en vez de limitarse a disfrutar de la vida que les quedaba, dedicaran su tiempo a labores en beneficio de la comunidad. Y es por ello que los pensionistas decidieron formar una asociación para conseguir todo tipo de subvenciones.

Pronto se equipó al nuevo barrio con un teleférico y una nueva línea de autobuses para que de manera gratuita pudieran trasladarse desde el centro a lo alto de la ciudad. Pronto dejó de ser un suburbio. Era como aquellas ciudades que crecían de la noche a la mañana en la época de la fiebre del oro. Florecieron bares, casas de juego y burdeles. Todo aquello atrajo a jóvenes, desempleados y ociosos. Y no eran infrecuentes los robos, las peleas y todo tipo de altercados. Las autoridades solían hacer la vista gorda y en los medios de comunicación apenas ocupaban algunas líneas al final de la sección

de Sucesos. No en vano la ciudad era un ejemplo para el resto de la nación. Un lugar donde desinteresadamente los pensionistas libraban una batalla diaria contra las ratas de otro país, que pretendían cruzar la frontera en busca de comida y que no dudaban en morder a mujeres y niños. Oleadas de turistas visitaban la población y volvían a sus casas con las maletas repletas de souvenirs: camisetas, banderas, gorras o rifles firmados.

Al cabo de un año los jubilados disponían de modernos rifles de mirada telescópica, y si antes ya eran diestros ahora resultaban temibles.

Por aquel entonces nadie imaginaba los acontecimientos cruentos que se avecinaban. Uno que cree que nada ni nadie frena a un ser hambriento: ni el océano, ni las vallas, ni los muros, ni los francotiradores, nunca pensó que las diezmadas ratas tiraran la toalla, prefirieran morir en su tierra de hambruna que acabar abatidas por los disparos de una turba de vejetes enloquecidos. Y es que en los últimos tiempos no solamente se apostaban en sus sillas con sus prismáticos los abuelos, cualquiera se unía a la fiesta: el equipo nacional de tiro olímpico, sociedades de cazadores o muchachos con ganas de alardear con sus novias. Lo cierto es que las ratas que cruzaban la frontera eran escasas. El aburrimiento llenaba los bares y las casas de citas, pero si bien el alcohol y el sexo son un buen remedio para calmar los ánimos, no se contó con la adicción a matar de los tiradores. Simplemente, ocurrió: un anciano apuntó con

su rifle de última generación y mató a un hombre. No fue una disputa, ni siquiera el asesino iba borracho. Desde lo alto, al azar, disparó a un habitante de la ciudad. Lejos de recriminarle, otros siguieron su ejemplo. Aquel día sembraron las calles con veinticinco cadáveres. El caos fue total, la población huía ante la lluvia de plomo que les caía. Cuando el desconcierto de las autoridades se disipó y cuando certificaron que los disparos provenían de la colonia de la montaña, mandaron unos cuantos coches patrulla, mientras que otros agentes se desplazaron en el teleférico. Todos corrieron la misma suerte, fueron acribillados sin compasión. La orgía de sangre se fue extendiendo como un reguero de pólvora. Los tiradores en vez de menguar se multiplicaban y bien parapetados, y haciendo acopio de todo su arsenal, disparaban entre grandes risotadas. Todos los intentos policiales de cercar a los insurrectos resultaban vanos. Iban de fracaso en fracaso, y cada operación acababa con la muerte de todos sus agentes. Y por primera vez la ciudad fue portada de todos los telediarios no cómo el mejor ejemplo de servir al país sino como la mayor masacre civil de su historia.

No quedó más remedio que mandar al ejército. En un principio se pensó en bombardear las posiciones para allanar el camino de los tanques, pero ante el peligro de daños colaterales se optó por no dar la orden a la aviación. Aunque al final de este dantesco episodio las muertes de personas inocentes se contaban por centenares. Y es que el asedio duró dos largas semanas en que, como no se consiguió la

rendición de los insurgentes, los mandos perdieron la paciencia y dieron la orden de arrasar la colonia.

Las imágenes de la matanza han dado la vuelta al mundo. Es hora de analizar los hechos ocurridos, cómo se pudo llegar a este extremo, cómo una nación del Primer Mundo ha originado una noticia que ha conmocionado al resto de países.

Todavía hoy no han sepultado a todos los muertos. Si te fijas bien puedes ver a miles de ratas que han cruzado la frontera y están devorando a los cadáveres que quedan por enterrar.